
MONEDA, PAPEL-MONEDA.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

COMPAÑERAS:

En el brillo esplendoroso adquirido por las ciencias desde hace una centuria, había aún una cuestión, un problema que resolver, cuando de improviso se presenta una simpática figura que se intitula ciencia y que debía ser la norma de nuestras costumbres.

La importancia de la observación en Economía Política explica el nacimiento tardío de esta ciencia. La Economía Política es en efecto una ciencia muy joven, pues data de un poco más de 100 años. Hasta fines del siglo antepasado nadie la había observado aún. Aristóteles encontró en ella materia para un estudio particular, pero no lo emprendió. En cuanto á Jenofonte, en sus "Económicas" no trató más que de economía doméstica.

Hoy se dice á menudo que la economía política es la *ciencia de la riqueza*. Esta fórmula es exacta, pues si no satisface las condiciones de una buena definición, ofrece al menos por su concisión, un punto de partida excelente para el que quiere tener una idea general del objeto de la ciencia económica.

De las extensas y grandes ramas en que está dividida dicha ciencia, hay una, la circulación, que tiene como uno de sus principales agentes á la moneda. La moneda es hoy la plata ó el oro y esta palabra despierta la idea de cierta cantidad de metal bajo la forma de un dis-

co, del cual el tamaño ó la dimensión atestiguan desde luego el peso y la cantidad metálica.

La palabra moneda, en latín moneta, no tiene relación directa con la cosa que expresa. Moneta era uno de los sobrenombres de la diosa Juno, diosa del recuerdo. Era bajo este nombre con el que se le adoraba en el templo donde estaban conservados los archivos del Estado. Fué en el templo de Juno donde durante largo tiempo se marcaron las monedas romanas; de ahí que la palabra moneta fuese poco usada para designarla verdaderamente, pues su nombre era pecunia, que se deriva de la palabra ganado, pecus. Se ha pretendido explicar que si en los primeros tiempos de Grecia y Roma se usaban bueyes y carneros como dinero, obedecía á que existían entonces agostaderos comunes, como en la actualidad en las propiedades comunales de algunos países y principalmente en los Alpes suizos, donde cualquier individuo que cambia una mercancía por un carnero ó un buey, puede enviarlo á pastar bajo la vigilancia del pastor común. Cualquiera que sea el grado de verdad de esta explicación, faltaba siempre á semejante moneda una de las cualidades esenciales que debe tener: la divisibilidad. En las primeras colonias de la Europa moderna, se ha usado con frecuencia del tabaco, artículo que era estimado por gran número de individuos y que al propio tiempo es divisible y de fácil conservación.

Se conocen bien las argumentaciones en pro y en contra de la riqueza; pero es bien diferente cuando la riqueza se presenta bajo la forma de los metales preciosos. Se convierte entonces en el becerro de oro, la lluvia de oro que penetra por todas partes, la llave de oro que abre todas las conciencias. La sociedad tiene en el oro un cáncer que la roe; si pudiera quitarse de él, vería volver á florecer todas las antiguas virtudes, Proudhom afirma que su mutualismo está basado en la supresión de toda clase de moneda. Thomas Morus no proponía sino quitar el oro; quería castigarle y decía: que los criminales debían llevar cadenas de oro y que los vasos destinados á los usos más comunes deberían ser de oro ó plata. Todo esto es pueril. No es un congreso de economistas el que ha decretado que el oro y la plata servirían de intermediario en los cambios; pues á medida que las relaciones comerciales se extendieron y que se hicieron los pagos

más considerables y á más grandes distancias, se tuvo necesidad de recurrir para servir de moneda á objetos que bajo un volumen menor, tuvieran mayor valor.

La historia monetaria de la Europa comienza en el siglo XIII y en la Península Italiana. Su punto de partida es la éra de la reintroducción del oro en las naciones occidentales y está marcada definitivamente por la fabricación del florín de oro en Florencia. Prácticamente el oro había cesado de estar en uso desde el siglo VII, y después de la desaparición del Imperio Romano, las monedas de las naciones europeas de la Edad Media, estaban basadas en la plata. Quizá se tendrían que hacer reservas á esta afirmación, pero son de tal naturaleza que no la afectan materialmente.

Se puede, pues, afirmar que la historia monetaria del mundo moderno data del siglo XVIII y no del VII y de los pequeños Estados comerciales de Italia y no de Bizancio. Antes de la impresión del florín de oro en Florencia, no había huella de un cuño independiente en ningún estado de la Europa central. El sistema monetario de Inglaterra, por ejemplo, desde el tiempo de los sajones hasta Enrique III, estaba fundado enteramente en la plata. Con variedad infinita y bajo diversos nombres el penique de plata era la unidad monetaria corriente del reino. Su equivalente entre los francos era el denario que Carlomagno había tomado como unidad para su sistema y que continuó siéndolo para Francia y el Santo Imperio Romano hasta el siglo XIV. En fin, entre los numerosos Estados de entonces, cada uno con su taller independiente, no había huella de ninguna acuñación de oro, hasta los días de la grandeza comercial de Florencia y Venecia.

Durante ocho siglos ó más, estas razas de Europa que llegaron á reconstruir la civilización y dictar el curso del mundo moderno, ignoraron el uso comercial del que, en toda la historia ha sido el factor más poderoso de la civilización: el oro.

La explicación de esta reintroducción, de este nuevo cuño de oro, se encuentra en la historia de las cruzadas y en el crecimiento comercial de los pequeños Estados independientes que se crearon á favor de la confusión política de Italia. Tan pronto como cada una tuvo su existencia autónoma, se arrojaron con energía febril al des-

arrollo del comercio con el Oriente. Florencia y Venecia, Pisa y Génova abrieron el camino y recolectaron los frutos; su período más floreciente después de la conquista de su rival Pisa y cuando se gozaba de una paz próspera, de un comercio activo, fué cuando Florencia, por las instancias de sus principales negociantes, resolvió acuñar el florín.

La sencilla idea de la fabricación de esta moneda de oro, podía solamente derivarse del Este de Bizancio. Pero es un hecho curioso que su importación sea debida en primer lugar á las Cruzadas. Federico II de Sicilia fué electo emperador de Roma en 1212. Dieciséis años más tarde se puso á la cabeza de la quinta cruzada y la Augustal que circuló algún tiempo entre su vuelta de la cruzada y su muerte, es testimonio, probablemente, de su deseo de rivalizar en opulencia con la corte de Oriente. El escudo siciliano es el antecesor directo del florín, y el honor de inaugurar una era nueva le corresponde, pero la belleza de la pieza florentina le aseguró una circulación y reputación universales y desgraciadamente se extinguió la memoria de su predecesor.

La pieza de oro de Génova se supone fabricada el mismo año que el florín. Cinco años más tarde, Enrique III de Inglaterra imitó el florín en su penique, y más de treinta años después, Venecia siguió el ejemplo de Florencia é instituyó el cuño de Zecchinos bajo el principado del dux Giovanni Dandolo.

Más tarde el deseo de los soberanos de los siglos XIV y XV, era no solamente defender el talón ó monopolio de oro que poseían, sino aun de quitar el de sus vecinos por cualquier medio que fuese, pues estaban convencidos de la insuficiencia de la producción de estos metales para las necesidades de Europa. Había, pues, una lucha general por la posesión del oro y los métodos de esta lucha eran casi bárbaros por su rudeza, su violencia, su astucia y su falta de honradez.

Se ha dicho de la moneda lo que del lenguaje: que se perfecciona, se enriquece, se purifica á medida que deba servir para necesidades más elevadas, es decir, para expresar ideas más nobles, sentimientos más delicados.

Desde el punto de vista del monedaje, el oro y la plata tienen sobre

otros objetos, tales como los diamantes y perlas, la ventaja de que son perfectamente divisibles y que los diferentes fragmentos conservan un valor exactamente proporcional, en tanto que no se puede dividir un diamante sin destruir su valor. El oro y la plata tienen, como dicen algunas personas, cualidades á la vez brillantes y sólidas, tales como el brillo, la sonoridad, la incorruptibilidad, la ductilidad. La rareza y dificultad de adquisición es aun una condición de valor. El oro parece en verdad haber sido sembrado en toda la naturaleza por mano avara, porque salvo raras excepciones, no se encuentran más que partículas casi imperceptibles. Es verdad que el mundo está expuesto á inundaciones de metales, inundaciones en un sentido muy relativo, pero esto no es sino de tarde en tarde, como en Grecia después de la conquista de Persia, en Roma después de la conquista del Oriente, en Europa después del descubrimiento de la América y más recientemente después del descubrimiento de las nuevas regiones auríferas. Pero la perturbación que de esto resulta, no dura: el precio cambia, se establece un nivel diferente del que se acostumbraba, y como el hombre en las transacciones comerciales no abraza largos períodos de tiempo, estas perturbaciones no son bien sentidas. Añadid la circunstancia que el doble destino de los metales permite, según su abundancia ó rareza, aplicarlos ya á la fabricación de objetos de lujo, ya al monedaje.

Así, pues, debe llamarse *moneda* á una riqueza que corrientemente aceptada por todos, sirve de intermediario en los cambios y á la cual se ha tomado la costumbre de llevar todas las otras para determinar más fácilmente su valor.

La moneda no existe solamente en las sociedades avanzadas. Por todas partes donde el cambio ha sido practicado de una manera seguida, los hombres han imaginado servirse de una riqueza tipo para facilitar así la circulación de las otras. Su empleo, es, pues, inconsciente, espontáneo en cualquiera especie de hombres y se comprende que sea así cuando se reflexiona en las ventajas que les procura.

Tres fases en la historia de las naciones parecen deber ser aquí notadas como tres grados de progreso.

En el primero la humanidad se contentó con el trueque ó cambio directo de efectos por efectos. En el segundo grado, el oro y la plata

reinan exclusivamente como medios de cambio. En este estado una sociedad no es rica porque tiene moneda, sino porque ella es ya rica de productos que puede dar por los metales preciosos. En la tercera fase aparece el uso de los papeles de crédito que tiene por garantía valores y que expresa que debe hacerse pagar en oro ó plata.

El trueque ó cambio directo de las mercancías y servicios sería á menudo impracticable. El que, por ejemplo, poseyendo un vestido deseara procurarse trigo, tendría probablemente mucho trabajo en encontrar un individuo consintiendo en ceder trigo para adquirir un vestido y, encontrándolo, no sería quizá el cambio muy fácil.

El uso de la moneda suprime esos inconvenientes. En lugar de cambio la cosa que se posee por la que le conviene, se comienza por vender esta cosa, es decir, cambiarla por la moneda, especie de riqueza de la cual cada uno posee cierta cantidad y que se puede elegir divisible; después con ésta se compran fácilmente los objetos diversos de que se tiene necesidad. Si se va al fondo de las cosas se ve que el vestido está siempre cambiado por el trigo, azúcar, etc.; pero la operación ha sido descompuesta y se ha tenido un intermediario para el cambio de los diversos productos.

La moneda nos da aún otro servicio. Nos ayuda á darnos cuenta de cada una de las cosas que poseemos representadas como riquezas de otras especies. Así es no sólo un intermediario en los cambios, sino que la empleamos como talón de los valores.

Pero si la moneda no es más que una mercancía elegida entre las otras para cierta función, es necesario no creer que puede ser elegida al azar. Todas las mercancías no podían ser empleadas como medida de valor y entre las que en rigor podían serlo, cuán pocas realizarían las condiciones de una buena moneda! Estas condiciones son en efecto muy numerosas.

Se necesita ante todo que la cosa elegida sea de las que todo el mundo acepta corrientemente. ¿Cómo serviría de intermediario si, poseyéndola, se experimentaban dificultades para hacerla aceptar en pago?

Es necesario también, al menos en nuestros días, que sea aceptada en todos los pueblos, es decir, que sea internacional, pues debe servir en los cambios internacionales.

Deben tener mucho valor bajo un pequeño volumen, á fin de que se pueda en caso necesario llevar sobre sí ó mandar de un lugar á otro la cantidad suficiente para pagos considerables.

Debe aun estar dotada de una perfecta divisibilidad. Es necesario, en efecto, que cada fracción de la cosa elegida tenga un valor exactamente proporcional á su peso y á su volumen. Esta condición es indispensable para el buen equilibrio del sistema monetario y para la simplificación de las cuentas.

Se necesita también que dicha mercancía sea perfectamente una en su naturaleza.

Habría, en fin, una última condición que satisfacer para que fuese perfecta. Se necesitaría que su valor propio fuese invariable. Es desgraciadamente imposible encontrar un objeto dotado de esta cualidad, porque la naturaleza misma de las cosas se opone á ello.

Por una parte, siendo la moneda una riqueza producida por el hombre como todas las otras, las cantidades existentes pueden variar de un momento á otro como todas las riquezas. Si fuese el trigo el que se empleara, su valor dependería del rendimiento de las cosechas, y hoy que nosotros tenemos la plata ó el oro, estamos á merced de los descubrimientos de minas y del resultado de su explotación.

Hé aquí cuántas condiciones hay que buscar para un mismo objeto. Se trata de encontrar una mercancía que á la vez sea aceptada por todos, lo mismo que en el extranjero, que tenga mucho valor en poco volumen, que sea perfectamente divisible, una en su naturaleza, que sea un metal susceptible de recibir el sello que le pone el gobierno, fácilmente transportable y relativamente fija en su valor.

En general en las primeras edades la moneda no realizaba más que la primera condición. Esta era tan esencial y la elección tan limitada que se sacrificaban á ella todas las otras. No había en los pueblos antiguos más que muy pocos objetos que poseían esta cualidad de ser corrientemente aceptados por todos. Estos serían, por ejemplo, los objetos de ornamentación, como los collares, plumas y caracolillos en los salvajes á quienes seduce lo que brilla; el ganado y las pieles en los pueblos pastores, los cereales en los pueblos agrícolas. Estos objetos servían como medios de cambio: moneda bien imperfecta sin duda, pero con la cual se contentaban, pues no había

ninguna otra cosa que realizara la condición esencial sin la cual no podía existir.

Más tarde, y solamente cuando las ideas han progresado, cuando las sociedades se han extendido y han tomado más cohesión, estas cualidades se realizan muy fácilmente.

Este no es evidentemente un sistema muy perfeccionado, pero se puede decir que el empleo de los metales marca un gran progreso en la humanidad. Mas también se puede asegurar que este progreso no es el último y que combinaciones más ventajosas vendrán á realizarse más tarde.

Porque, por ejemplo, puesto que las monedas actuales tienen en parte su valor de la convención social y de la ley ¿por qué no elegir una cuyo valor dependiera enteramente de la convención del Estado? Por esto se ha propuesto sustituir el oro y la plata por el papel, es decir, títulos emitidos por el Estado y circulando bajo su garantía.

Asignar la proporción en que debe estar en el comercio la moneda de que puede servirse un pueblo, es tarea quimérica. Eso depende de sus costumbres y del mayor ó menor uso que hace del crédito. Pero el pensamiento fundamental sobre que es necesario llamar la atención se encierra en la proposición siguiente:

"Luego que supera de cierta proporción el dinero, deja de ser ventajosa su posesión." A diferencia de los demás bienes, el dinero para ser útil tiene que ser poco abundante.

Haced tan vulgares el oro y la plata como las piedras y serán igualmente envilecidos, sin que baste convención alguna para comunicarles valor que no tienen. La moneda como ejemplo típico del precio, está sujeta á la ley de la oferta y demanda.

Desde que cayó en desuso la teoría de la balanza del comercio, el pensamiento de que la moneda constituye la riqueza única de las naciones, ha dejado de reinar entre las personas verdaderamente ilustradas.

La Inglaterra que posee apenas la mitad de nuestro numerario; los Estados Unidos que tienen mucho menos que España, son los países más ricos del mundo. El carbón, la piedra, el algodón, el fierro, sobrepasan infinitamente al dinero como medios de producción y como valores en la circulación.

Como se puede demostrar acerca de la teoría de los mercados, los productos se cambian entre sí y el dinero no aparece sino como agente de los cambios. De todas maneras, el valor, más aún que la materia de los metales preciosos, está sujeto á alterarse. Hé ahí el mal, y muy grande debe haber sido, donde ha ocupado tanto á los hombres de negocios para buscar el correctivo. Ellos lo han encontrado en el papel de crédito, que no cuesta nada por decirlo así y que circula á poca costa.

El papel sí es verdaderamente un signo, porque representa valores reales sin tener en sí mismo ninguno: este papel no ha debido vulgarizarse sino en un estado muy adelantado de la sociedad. Así, pues, los vales y los billetes de banco ahorran cantidades enormes de moneda.

La casa de liquidación de Londres, con el auxilio de 200,000 libras esterlinas, no siempre en numerario, arregla negocios por más de quince millones.

M. Fullarton afirma que en el estado de perfección de la contabilidad y el respeto religioso que se profesa al crédito, los nueve décimos de las transacciones se arreglan en un banco sin la intervención de un solo escudo, si no es para muy pequeñas operaciones.

La palabra de Ricardo de que se ha abusado tan frecuentemente, de "la moneda en su estado más perfecto es el papel," no significa otra cosa que la economía en la producción y en la circulación que imprime tan poderosa actividad á la marcha de los negocios.

Voy á terminar haciéndoos una breve reseña de la historia de la moneda y amonedación en México. Como sabéis el cambio entre los antiguos mexicanos se hacía generalmente por medio de trueques, por más que la exaltación patriótica quiera dar grandes proporciones al mercado.

Conocíanse, sin embargo, cinco clases de monedas, y eran:

Cacao, grano un poco diferente del que sirve aún para el chocolate y que se contaba por jiquepiles ó sacos de 8,000 almendras.

Algodón, pedacitos de tela con hilos de metal á veces.

Oro, depositado en granos ó en polvo en los tubos de las plumas.

El cobre en forma de T mayúscula que servía para el comercio al menudeo y

Pedazos de estaño, que particulariza en sus descripciones Cortés y otros escritores antiguos.

Hablando de la moneda desde la época colonial hasta nuestros días, dice el Sr. Orozco y Berra:

"La acuñación general pertenece á dos épocas principales: primera á la dominación española; segunda á México independiente."

La primera época está representada de este modo:

Moneda macuquina ó de cruz—1537 á 1731—Columnaria ó de mundos y mares, 1732-1771. Moneda de busto con los monarcas españoles, 1772-1821. La segunda época se divide en:

Moneda busto Iturbide, 1822 y 23. La de la República, 1824 á 1861. Imperial, 1864 á 66; décimo y vigésimo y Busto de Maximiliano, 1866 á 67. La de 1867 á 1871 tenía en el anverso como leyenda R. M. En el campo: águila parada sobre planta de tuna, teniendo una serpiente en el pico y garra derecha, debajo, gajos de laurel y en el anverso, gorro frigio radiado. En 1871 se leña en el anverso lo mismo que en la anterior y en el reverso, en el campo una balanza, un pergamino enrollado en sus extremos con la inscripción: Ley, detrás una espada y arriba gorro frigio radiante con la divisa: Libertad. Esta circuló hasta 1873.

Volvió al uso la primera en 1879 que fué cuando se restableció la de la balanza y á los dos años se cambió, siendo la primera de éstas la que se tuvo hasta 1888.

El término medio de la acuñación puede calcularse, según el mismo Sr. Orozco y rectificaciones hechas posteriormente, en 18 millones de pesos anuales.

El barón de Humbolt fijaba á principios del siglo pasado en 23 millones el producto de las minas de Nueva España.

Y hoy se cuenta, comprendiendo desde la época colonial hasta el año de 1900, en \$3,611.819,571.

Así, si desde nuestros antepasados trabajaron por hacer de su nación una de las más adelantadas, con mayor razón debemos hacerlo nosotros, para que el mejor pago que hagamos á nuestra querida Patria, sea con la moneda del progreso.

México, 26 de Julio de 1902.

MARIA DE LA LUZ MAGAÑA.

INDICE.

	Págs.
Introducción.	3
Algunas noticias sobre la civilización azteca.	7
Libertad de Imprenta.	17
Las tormentas.	27
El comercio entre los pueblos muy antiguos.—Los Fenicios.	35
Influencia de la mujer en los destinos de la humanidad.	43
Navegación aérea y aviación.	49
Hongos que atacan á las plantas y manera de combatirlos.	59
La República de Venecia en el siglo XII y principios del XIII	69
Hidrocarburos.	77
La malaria.	87
Ejercicio literario.—Impresiones de un paseo.	101
Francia.	109
La Libertad y la Reforma.	115
Generalidades é importancia de la lógica.	125
La familia y la Escuela.	133
Fröebel.	143
Moneda, papel-moneda.	153

